

El Covid-19 y los seguros (im)posibles

MIGUEL ÁNGEL VÁZQUEZ

Director de Estudios de UNESPA

JOSÉ A. HERCE

Socio fundador de LoRIS

En esta misma sección escribimos hace tiempo sobre esos sucesos de bajísima probabilidad pero que, de ocurrir, causarían un enorme daño. En el límite, decíamos, imagínese un accidente de probabilidad cero cuyo coste fuese infinito. Acto seguido, pedíamos al lector: ponga Vd. el número. Es decir, dado que el producto de la probabilidad por el valor económico del daño (lo que denominamos el valor esperado de dicho daño) es indeterminado, resulta que es imposible calibrar la prima de un seguro que te cubra contra esto. Vamos, el mercado no es capaz de poner un número a esa prima. ¿Hay alguien por ahí que sepa o pueda hacerlo?

También hablábamos en otra ocasión de que para que se pueda crear un seguro contra un riesgo determinado, descartados los casos como el del párrafo anterior, era preciso que, en el colectivo susceptible de sufrirlo, a cubrir por el seguro, no hubiese una concentración del riesgo aludido en una pequeña parte de aquel, al menos si la prima hubiera de ser uniforme para todos. Es decir que el riesgo se pudiera mutualizar más o menos uniformemente.

No es el caso del seguro “cero-infinito” puro, cuyo “número” (prima o valor esperado del daño) es indeterminado, pero se le parece bastante. Es una variedad del tipo “casi cero-enorme”, cuyo número es también muy difícil de establecer

Y en estas, se presenta el Covid-19. No se puede banalizar un riesgo de este tipo ni siquiera en una sección como esta. Lo que sabemos del mismo es que, (i) ocurre, con probabilidad mayor de lo que inicialmente se pensó, y hoy por hoy nadie parece poder vaticinar en qué punto se fijará, (ii) que su coste, sobre todo humano, es enorme y (iii) que, más o menos, puede afectar “por igual” a una gran parte de la población independientemente de sus

características personales (y esto admite muchas precisiones en las que no entraremos porque no hacen al caso que queremos ilustrar).

No es el caso del seguro “cero-infinito” puro del primer párrafo, cuyo “número” (prima o valor esperado del daño) es indeterminado, pero se le parece bastante. Es una variedad del tipo “casi cero-enorme”, cuyo número es también muy difícil de establecer. No somos actuarios (ya nos gustaría), y por eso podemos hacer la siguiente estimación de “servilleta de cafetería”. Supongamos que la probabilidad de que esto ocurra en un año determinado es de 1 entre 100.000, es decir, 0,00001 o de un 0,001%, una probabilidad muy, muy baja para el caso. Y supóngase que el valor económico del daño humano (si eso pudiese establecerse), gasto sanitario extra incurrido y daño económico de una recesión de caballo en 2020 ascienden a 200 millardos (miles de millones) de euros. En ese caso el valor del daño esperado sería de 0,00001 x 200, dimensión millardos. O sea, que ese daño podría asegurarse con una prima de 2 millones de euros.

¡Anda ya! ¿Que con dos millones de euros al año podemos asegurarnos contra algo tan costoso como una pandemia que cause un daño tan descomunal? ¿Y por qué no se ha hecho eso? ¡El gobierno, por ejemplo, Amancio Ortega o Bill Gates! ¿Por qué?

Pues porque, estando este caso a una distancia conceptual infinita (por definición) del caso “cero-infinito” (aunque la prima de este último podría ser sustancialmente menor o mayor, ya que es indeterminada), para que una

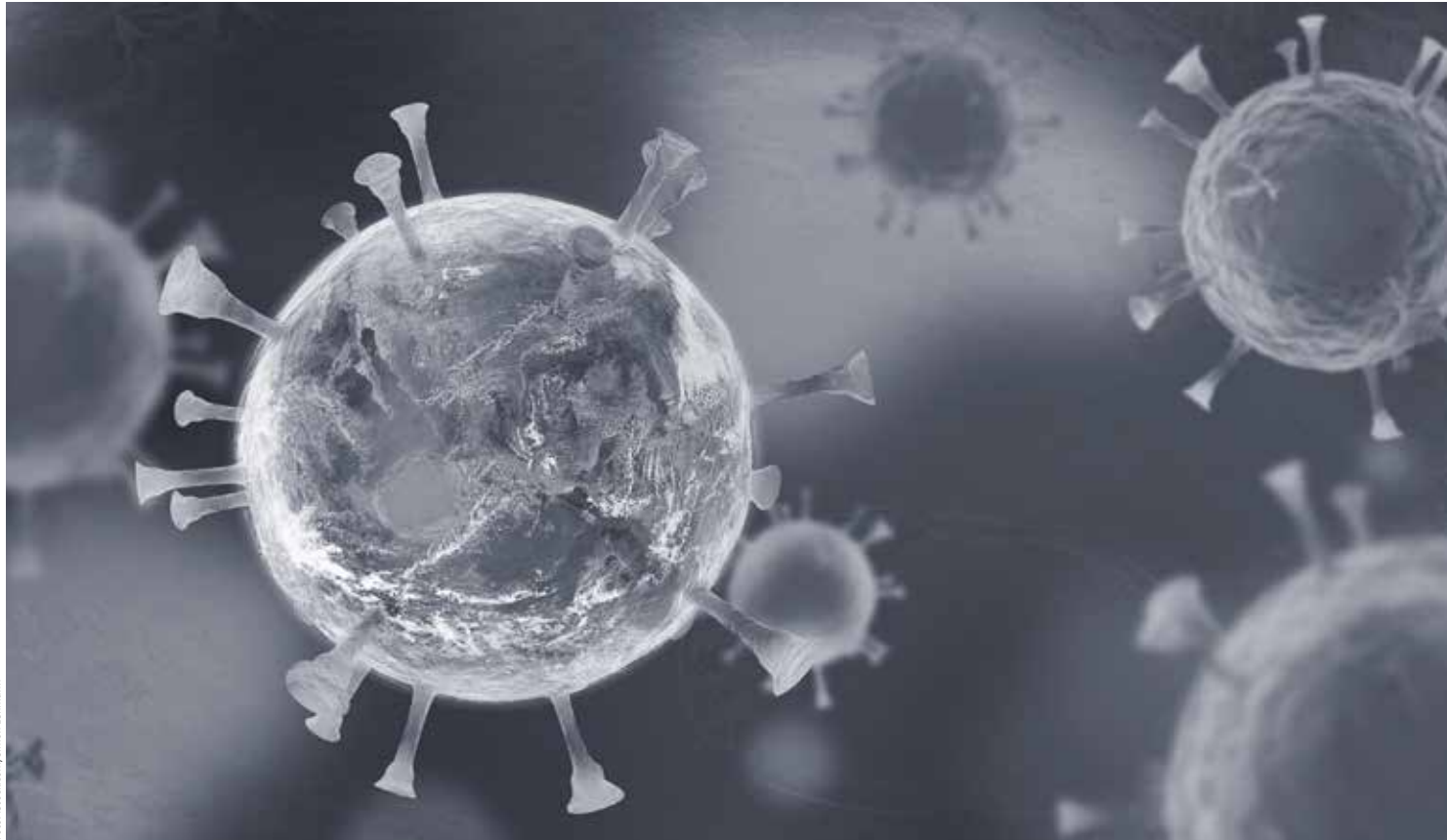


Foto: iStock.com/Simon Lehmann

compañía de seguros pudiese producir esta póliza necesitaría que solo a uno de cada cien mil asegurados les pasase eso. Pero una pandemia global, como su propio nombre indica, le sucede a todo el mundo a la vez.

Vale, si ese seguro lo comprasen los países, como solo hay unos doscientos (y algunos no podrían pagar la prima), no habría base. Otra posibilidad es que esta epidemia solo pudiese ocurrir por azar en un solo país (algunas lecciones aprenderemos de esta, seguramente). Aún así, necesitaríamos un periodo de pago de primas sin pandemias (todos los países cada año) de quinientos años y eso suponiendo que alguien pudiera reasegurar a las compañías para que aguantasen una cierta sucesión de siniestros en todo este tiempo.

Todo lo anterior es una mera fantasía, pero, si fuese posible, solo sería el aspecto secundario de un terrible riesgo que se ha materializado inesperadamente con consecuencias humanas profundamente dolorosas. Nunca estaremos preparados para afrontar las catástrofes con tranquilidad; aunque hay que reconocer que, a la hora de diseñar soluciones para que esa angustia sea menor, tanto en la ciencia actuarial en su conjunto como, por qué no recordarlo, en el mercado español, hemos avanzado mucho. Dicho esto, si algo demuestra lo que ya sabemos de esta crisis es que todavía hay sucesos “casi cero-enorme” que pueden sorprendernos y poner

a prueba nuestra política económica (políticas fiscales y monetarias) o financiera (ahorro) y previsional.

La inseguridad que ahora sentimos, muy probablemente, incrementará nuestra demanda de seguridad. Este es uno de los principales candidatos a consecuencia perenne del coronavirus, además de los retos relacionados con la salud y con la recuperación económica. En ese terreno, tenemos por delante el reto de conseguir crear seguros (im)posibles, así, con las primeras letras tachadas, que apunten a la protección integral de la persona. Y, por supuesto, también hay otra vía: el Seguro Social, creado por una sociedad compuesta de individuos responsables e íntegros, y gobernada por líderes que concentren la quintaesencia de estas características individuales. Esto no debería ser más complicado que diseñar un seguro (im)posible.

Si algo demuestra lo que ya sabemos de esta crisis es que todavía hay sucesos “casi cero-enorme” que pueden sorprendernos y poner a prueba nuestra política económica (políticas fiscales y monetarias) o financiera (ahorro) y previsional